

Dos poemas inéditos de Pablo Neruda

Setiembre, barco *Arico*.

Querido García Monge:

Al casi pasar por sus tierras le mando un buen abrazo. Tuve oportunidad de iniciar y gestionar una gran protesta de intelectuales franceses en París. Creo que ya Ud. la conocerá. También el Congreso de Escritores rindió a Ud. un homenaje.

Ahora voy a Chile porque tengo dificultad con mi Gobierno sobre mis actividades pro España. Viaja conmigo el argentino Raúl González Tuñón, magnífico poeta y hombre muy bien p'antado; le he pedido alguna cosa para el *Repertorio* que si alcanzamos a copiar irá en esa carta con algo mío, todo inédito.

Su admirador y amigo de siempre

PABLO NERUDA

Señas: San Isidro 1068.
Santiago de Chile.

ANTITANQUISTAS

Ramos todos de clásico nácar, aureolas
de mar y cielo viento de laureles
para vosotros, encinares héroes,
antitanquistas.

Habéis sido en la nocturna boca
de la guerra

los ángeles del fuego, los temibles,
los hijos puros de la tierra.

Así estabais, sembrados
en los campos, oscuros como siembras, terdidos,
esperando. Y ante el huracanado hierro, en el pecho del monstruo
habéis lanzado, no sólo un trozo pálido de explosivo
sino vuestro profundo corazón humeante,
látigo destructivo y azul como la pólvora.

Os habéis levantado
finos, celestes, contra las montañas
de la crueldad, hijos desnudos
de la tierra y la gloria.

Vosotros nunca visteis
antes sino la oliva, nunca sino las redes
llenas de escama y plata, vosotros agrupasteis
los instrumentos, la madera, el hierro,
de las cosechas y de las construcciones,
en vuestras manos floreció la bella
granada forestal o la cebolla
matutina y de pronto
estáis aquí cargados con relámpagos
conquistando la gloria, estallando
de poderes furiosos,
solos y duros frente a las tinieblas.

La Libertad os recogió en las minas
y pidió paz para vuestros arados,
la Libertad se levantó llorando
por los caminos, gritó en los corredores
de las casas, en las campiñas
su voz pasaba entre naranja y viento
llamando hombres de pecho maduro, y acudisteis,
y aquí estáis, preferidos
hijos de la victoria, muchas veces caídos, muchas veces

borradas vuestras manos, rotos los más ocultos cartilagos, calladas
vuestras bocas, machacado
hasta la destrucción vuestro silencio,
pero surgís de pronto, en medio
del torbellino, otra vez, otros, toda
vuestra insondable, vuestra quemadora
raza de corazones y raíces.

CANTO SOBRE UNAS RUINAS

Esto que fué creado y dominado,
esto que fué humedecido, usado, visto,
yace —pobre pañuelo— entre las olas
de tierra y negro azufre.
Como el botón o el pecho
se levantan al cielo, como la flor que sube
desde el hueso destruido, así las formas
del mundo aparecieron. Oh párpados,
oh columnas, oh escalas!
Oh profundas materias
agregadas y puras: cuanto hasta ser campanas,
cuanto hasta ser relojes! Aluminio
de azules proporciones, cemento
pegado al sueño de los seres!
El polvo se congrega,
la goma, el lodo, los objetos crecen
y las paredes se levantan
como patras de oscura piel humana.
Allí dentro en blanco, en cobre,
en fuego, en abandono los papeles crecían,
el llanto abominable, las prescripciones
llevadas en la noche a la farmacia mientras
alguien con fiebre,
la seca sien mental, la puerta
que el hombre ha construido
para no abrir jamás.
Todo ha ido y caído
brutalmente marchito.
Utensilios heridos, telas
nocturnas, espuma sucia, orines justamente
vertidos, mejillas, vidrio, lana,
alcantar, círculos de hilo y cuero, todo,
todo por una rueda vuelto al polvo,
al desorganizado sueño de los metales,
todo el perfume, todo lo fascinado,
todo reunido en nada, todo caído
para no nacer nunca.
Sed celeste, palomas
con cintura de harina: épocas
de polen y racimo, ved como
la madera se destroza
hasta llegar al luto, no hay raíces
para el hombre: todo descansa apenas
sobre un temblor de lluvia.
Ved como se ha podrido
la guitarra en la boca de la fragante novia:
ved como las palabras que tanto construyeron
ahora son exterminio: mirad sobre la cal y entre el mármol deshecho
la huella —ya con musgos— del sollozo.

Tres poemas inéditos de Raúl González Tuñón

LOS ESCOMBROS

De pronto por el frío de las colas del hambre
centenares de voces nacen junto a la aurora.
Ya se han muerto los gallos y los perros esperan
una muerte amarilla de perros. Silenciosa.

De pronto un niño solo entre el acero
por el viento cortado de una calle de obuses;
y una desolación de letreros sin puerta,
de muñeca con barro mutilada, olvidada,
de balcones vacíos colgando manos muertas.